

# 1

*Carasswn disgynnu yg Cattræth gessevin  
Gwert med yg kynted a gwirant win*

*Hubiera querido ser el primero en derramar mi sangre en Cattræth,  
como pago por los manjares comidos y el vino bebido en el gran salón.*

Cómo hubiera deseado ser el primero en derramar mi sangre en Cattræth, pero es ahora cuando pago el precio por el vino bebido y por los manjares comidos en el gran salón de Mynydog, aunque llegué tarde al festín.

Fui por la tarde a ver el peñón de Dumbarton. Junto a mí tenía a Aidan, hijo de Cormac, rey de las costas del norte, de quien yo había sido juez durante todo el invierno, y que era un rey como los que podías encontrar en el sur. Atravesamos todo su reino para escuchar los pleitos de su gente, mediar en ellos y dictar sentencias, todo en cinco días. Puede que Cormac sólo tuviera, en estos tiempos desesperados, unos cuatrocientos hombres capaces de portar armas, siendo éstas hachas u hoces atadas a largos palos. Sólo había cinco espadas en todo su reino, y una sola cota de malla, que portaba Cormac; pero es que él era el rey, al igual que Evrog el Opulento era rey en Dumbarton, Uther en Camelot, Teodorico en Roma, Zenón en Bizancio y Clodoveo en la Galia.

Subí el peñón de Dumbarton con Aidan delante de mí, y con Morien el Carbonero, a cuyo padre nadie conocía, a mi espalda. Pronunciado y abrupto era aquel peñasco, y el ca-

mino de tierra apisonada, y no de piedra cortada en losas, como el que llevaba a Camelot.

—Para el enemigo, lo más duro —como solía decir Evrog.

También lo más duro para sus propios hombres, los cuales siempre iban cargados con bolsas de sal, barriles de agua, piezas de carne y salmón seco y balas de heno para sus monturas. Duro para éstas también, cuando las llevaban a las planicies para ejercitarlas. Y duro también para mí.

Aquella costosa escalada al peñón fue el principio de mi viaje a Cattraeth. Desde allí, Evrog dirigía su vasto reino, Strathclyde y Galloway, hasta la frontera de Cumbria.

Él sentía la presión de los escoceses que venían en oleadas desde Irlanda, y si bien era cierto que aquel año no llegaron para quedarse, lo harían sin duda en un futuro cercano, igual que lo hizo el padre de Cormac treinta años antes. Por el este, Evrog siempre estaba en disputas con Mynydog, rey de Eiddin, aunque nunca entraron en guerra abierta. Su enemistad era más bien cosa de trifulcas y pequeñas reyertas, así como el pago a algunos poetas, por ambos bandos, para que cantaran sátiras y compusieran injuriosos versos contra el otro.

Pero ahora, los salvajes, que hasta entonces sólo eran un problema para el rey de Eiddin, llegaron hasta las tierras occidentales para atacar Galloway desde el sur. Este suceso fue, a mi entender, mucho más grave que cualquier asentamiento que los escoceses de Irlanda hubieran podido establecer en nuestras tierras, ya que éstos, al menos, eran todos cristianos y adoraban a la Virgen. Eran los escoceses iguales a nosotros, sólo se diferenciaban en su manera de expresarse, si bien a su vez también honraban a los poetas y a los artesanos por encima de cualquier rey o soldado. Mas los salvajes no vivían a la manera romana, y no había posibilidad de entendimiento con ellos.

A pesar de todo, Evrog fue un hombre feliz y alegre durante todo el tiempo que lo conocí, ya que afirmaba que no

había mejor modo de vivir para un rey en su situación que el suyo. Si alguna vez se hubiera detenido a derramar una sola lágrima, jamás hubiera dejado de llorar.

El guardabarreras<sup>1</sup> de Evrog me conocía bien. Se trataba de Cynon, hijo de Clydno, el cual era a su vez juez del rey Mynydog. Tiempo atrás, Cynon se había encaminado hacia el sur, más allá de la muralla, donde aprendió muchas palabras de utilidad como *deus*, *rex*, *poena* y *tributum* de mano de Cattog el Sabio, en la escuela de Illtud. También había visto con sus propios ojos grandes ciudades, como Chester, Gloucester y Caerleon. Pero nunca quiso convertirse en obispo, cosa que pudiera haber hecho fácilmente, así que volvió a casa y fue capitán de la Casa de Evrog.

Ahora, Cynon es un gran hombre y, aunque está tullido de un brazo a la altura del codo y no es capaz de asestar un solo tajo, sigue siendo juez ante el trono de Arturo.

Al verme, cuando él iba a salir del salón con intención de soplar el cuerno para avisar del inicio del almuerzo del rey, lanzó al aire aquellas palabras que, precisamente, yo no quería oír:

—¡Paso a Aneirin! ¡Saludad al maestro de bardos de la isla de Britania! ¡Apartaos os digo, ya que es el mayor poeta de Roma el que viene!

Hubo un tiempo en el que habría pensado que serlo no era más que mi deber, y que, como tal, todo el mundo en Britania me conocía, por lo que no pasaba nada por alardear de ello. Pero entonces yo ya no era bardo, aunque aquellas amargas palabras ya habían sido pronunciadas, y no había manera de volverlas a acallar.

Trasasé la puerta hacia el interior de la morada del rey Evrog, toda rodeada de postes terminados en punta del tamaño de un hombre, y con establos con sitio para cien caba-

<sup>1</sup> El guardabarreras era el encargado de cobrar los impuestos en el vado de un río, en un puente, etc. A ese impuesto se le llamaba portazgo.

llos y trescientos hombres; protección suficiente contra los irlandeses.

Los salones de Evrog no eran de losa, ni tenían pilares de mármol, ni techos reforzados de oro, ni muros cubiertos de mágicas inscripciones. Ni siquiera Evrog, aquí en el norte, podía pagar a esos obreros de lejanas tierras para que vinieran con sus artes mágicas a su morada. Ningún hombre nacido en la isla conocía el arte de cortar la piedra con hechizos. Así que, finalmente, construyó el salón a la manera romana: con lados rectos y final ovalado, lugar donde puso su Gran Mesa. Los maderos de los muros eran gruesos y las grietas estaban bien rellenas con barro y algas, mientras que el techo quedaba cubierto por tallos de avena; material que era mucho mejor que los juncos.

Evrog era rico, y lo mostraba colgando tapices de los muros y armas de los pilares. Así quedaban expuestas cuarenta espadas y, junto a las mallas, las hachas y las lanzas bien podría haber armado a toda una Casa, sumándole las monturas para un centenar de hombres. Aquello era, en esa época, más de lo que cualquier rey de la isla podría haber poseído desde el principio de los tiempos. Así que todo aquel enorme salón, de unos cuarenta o cincuenta pasos de largo, brillaba por el hierro. Brillaba, sí, porque además del fuego que había en el centro, Evrog tenía varias velas de junco empapadas de grasa, veinte o tal vez treinta de ellas, encendidas todas a la vez. Una iluminación digna de un festín. Entenderéis, pues, que un festín en el salón de Evrog era una escena de magnificencia que incluso en el sur debía de ser difícil de ver más de una vez al año.

Entré en su interior y me senté al final de la mesa. Todos los grandes terratenientes de Evrog estaban allí, mirándome, reconociéndome, sin decir nada, simplemente observando cómo me sentaba justo donde quería. Puede que tal vez pensaran que había ido a recitar alguna sátira que Evrog me hu-

biera encargado en contra de Mynydog, o incluso en contra de algún rey irlandés, ya que eso era muy típico durante la guerra. Antaño, en mis tiempos, yo mismo había destruido ejércitos enteros con mis versos.

Pero eso fue antes de marchar hacia Cattræth.

Entonces, Cynon, que estaba ahora en la Gran Mesa, pero a quien harían sentarse fuera y perderse toda la cena, sopló su cuerno de nuevo y todos los grandes de la corte de Evrog entraron.

Primero entró el juez de Evrog, y luego su asistente, su tesorero, su jefe de cámara, su sobrestante y el caballero mayor, entrando los de mayor importancia al final. En el salón también se encontraba un arpista, pero no un bardo, ya que el bardo de Evrog había muerto un año antes, así que, seguidamente, entró Evrog, y su reina con él y, finalmente, su invitado principal.

Cuando la reina sirvió la primera copa a Cynon, y luego a su rey, sentado a su derecha, incliné mi cabeza tan bajo que el hombre sentado junto a Evrog no debería haberme visto, pero aun así lo hizo, hablándole seguidamente al rey. Luego, Cynon, tras beber de nuevo, sopló su cuerno por tercera vez y el rey hizo una llamada.

—El cuchillo ya está hincado en la carne y la copa está llena. Que ningún hombre más entre, salvo aquel que sea hábil en su oficio o el mejor en su arte, y de haber uno tal en este salón, dejad entonces que venga y se siente a mi diestra.

Ese es el discurso que todo rey en el Imperio dice cuando toma asiento, pero aquella tarde, Evrog lo proclamó en voz alta y firme, y fue Cynon quien contestó también en voz alta, porque en aquellos días todavía no hablaba a través de la sabiduría.

—¡Da un paso, Aneirin! ¡Da un paso, eminente maestro de poetas de la isla de Britania!

Los hombres situados a ambos lados me levantaron por

los codos y me hicieron avanzar. Protestar o resistirme no tenía sentido. De hacerlo, me hubieran levantado en volandas y me hubieran llevado hacia la Gran Mesa. Hubieran tomado mis protestas como modestia, como si yo fuera un bardo común, el cual se gana su pan cantando de salón en salón y de corte en corte. Yo, Aneirin, nunca dije de mí más que era un gran poeta. La verdad era demasiado clara como para negarla. Mas yo ya no sería durante más tiempo un poeta, y explicarlo a los hombres que había a mi alrededor era demasiado difícil. Era mucho más fácil obedecer que montar una escena.

Me senté donde me pusieron, donde *él* se había sentado en un principio, si bien tuve que esperar un poco mientras traían de los dormitorios del rey la silla que me habían reservado todo este tiempo, la silla en la que a nadie más se le había permitido sentarse. Y a *él* lo habían hecho acomodarse a la otra mano del rey. A *él*, que era el que debería sentarse en el lugar de más honor, ya que él era Precent.

Precent era un hombre fuerte. No era alto, más bien una cabeza más bajo que yo, pero de recia constitución. Pesado, más fuerte que ninguno. Algunos de los hombres reunidos allí no eran más que grasa, pero Precent bien podría levantar un buey joven, junto con su yugo y las cadenas. Solía demostrar este espíritu suyo doblando gruesas barras de hierro como si fueran una cuerda. Su pelo negro caía enredado sobre sus brazos, y los rizos eran aún más negros, ya que estaban lustrados con grasa de ganso. Sus ojos, del mismo color, brillaban relampagueantes a la luz de la velas que había dispuestas en la mesa frente al rey; dos de ellas, sujetas por un precioso candelabro de bronce. Nadie de allí sabía de dónde se sacaba el bronce, o sobre qué tipo de roca se fundía.

Ahora que la reina había sido desplazada de su sitio, Peredur sirvió el hidromiel. El joven Peredur era el séptimo de Evrog, y hoy en día es una figura importante dentro del salón

de Arturo. Recibió aquel nombre por su tío, Peredur Brazos de Hierro, caballero mayor de Evrog.

Sin duda, un hombre fuerte y capaz era Precent; y de modos civilizados. Capaz a la hora de adiestrar caballos, capaz por saber en qué momento castrarlos. Capaz por cabalgar el día entero con una manada, o por pastorear por todo el páramo para reunir el rebaño. Era un hombre capaz por poder andar a la caza del venado durante todo un día de lluvia, o por lanzar fardos al carro bajo el abrasador sol de la cosecha. Aquel día había cabalgado toda la distancia que separaba Eid-din y Alban, y aún lucía en la mesa totalmente fresco. Además, era joven.

Precent habló con Evrog durante toda la comida, y también con la reina. Yo mantuve la cabeza baja y no dije nada. Los otros no lo encontraron extraño, a pesar de que nadie me había visto a lo largo de todo el invierno. Ninguno me preguntó dónde había estado. Tan sólo Precent le mencionó algo al rey.

—Aneirin se siente inspirado esta noche. Hay un magnífico poema que podremos oír de su boca cuando haya terminado de comer.

Pero yo sabía que nunca podría sentir la inspiración en mí de nuevo.

Cuando terminamos la comida, Evrog dio varios golpes en la mesa. Mientras circulaba el hidromiel y la reina se retiraba, tal y como era la costumbre en Strathclyde, el rey habló en voz alta para que así todos le escucharan sobre el griterío de voces.

—Ahora que nuestro especial, aunque inesperado, invitado ha quedado satisfecho de comida, decidme, Precent, rey de los pictos: ¿por qué habéis venido esta noche hasta el reino de Strathclyde, siendo como habéis sido durante tantos años guardabarreras de mi rival, Mynydog?

El rostro de Precent enrojeció y se aclaró la garganta, para

mojar a continuación el gaznate en hidromiel. Siempre había sido prolijo en sus discursos y torpe a la hora de elegir las palabras, así que contuve la respiración esperando que no llegara a ofender a nadie. De modo que, mientras hablaba, dejé de prestar atención, dedicando mis pensamientos a Bradwen, que estaba en Eiddin. Precent empezó a hablar.

—Hombre soy. Guardabarreras de Mynydog fui, y es por mí que alguno de vosotros habéis tenido problemas con vuestro ganado, como todos sabéis. Con las fuerzas que Dios me ha dado, he hecho lo que bien he podido.

—¿Quién fue, pues, el que le espantó los tábanos a la vaca de Morddwidtywyllon? —gritó alguien de los presentes.

Creo que fue Peredur Brazos de Hierro, porque siempre estaba dispuesto a demostrar que no había nadie capaz de ser más fuerte de lo que él era. Aquel comentario hizo que Precent perdiera el hilo de su discurso y la compostura, haciendo que saliera a la luz su temperamento picto.

—No es por asuntos de vacas por lo que he venido a hablar aquí, sino por uno de vida o muerte que pende sobre la isla de Britania.

Sus palabras cortaron las risotadas y todos los hombres callaron, sintiendo en su tono de voz una emoción que no esperaban de él.

—Serán más que vacas lo que ganaréis si me escucháis. He venido a hablar de gloria, honor y alabanzas, una oferta que os reportará mucho con muy poco esfuerzo. Mynydog, rey de Eiddin, es un hombre generoso, aunque nadie se atreve a llamarlo «opulento» a su cara, y también un hombre orgulloso. Aquellos que le sirven en campaña bien pueden vanagloriarse y sentirse orgullosos el resto de sus vidas, y contarle a sus hijos: «Yo estuve allí». Ahora son hombres lo que él busca, guerreros con pericia en las armas, jóvenes con ganas de ir a la guerra.

—Sí, y robarnos nuestras vacas —dijo alguien en tono bur-

lón desde el fondo del salón. Precent simuló no haberle escuchado, y a pesar de todo, continuó:

—Empuñemos nuestras espadas en combate, y la sangre que derramaremos no será la de nuestros hermanos, sino la de los feroces loegrianos, salvajes de allende los mares cuyas cabezas no han sido lavadas por las puras aguas bautismales, sino por las saladas aguas del mar. Tampoco sirven a la virgen, ni veneran a ningún santo. Persiguen a los obispos, asesinan sacerdotes, roban campanas y queman casas. No hay nada que la Santa Virgen desee más que el acto de que los masacremos a todos y los echemos de esta isla.

«Un hombre de Mynydog debe saberlo bien», pensé yo.

Había una ermita construida en madera tras el salón de Mynydog. Gastó el rey un buen dinero para mandar a uno de sus hombres a Iona y hacer de él un sacerdote, mandando traer incluso un libro para que leyera, y así poderle decir a Mynydog cuándo era Pascua y la Asunción, y las demás festividades importantes, para que pudieran rezar por sus muertos cuando era apropiado.

Tampoco hay que olvidar que, para no ser menos, Evrog mandó a uno de sus sobrinos, Gelorwid, a Iona; el mismo que por alguna razón había acudido aquella noche al salón sin vestimentas de eremita.

Precent siguió hablando.

—Sé que los salvajes os preocupan bien poco. Son a los escoceses y a los irlandeses a quienes veis como vuestros únicos enemigos. Pero creed estas palabras: si no combatimos a esos salvajes del otro lado del mar, y los empujamos y aplastamos fuera de esta isla, entonces, cuando el rey de Irlanda vuelva con sus ejércitos, serán esos mismos salvajes los que defiendan esta roca y no los romanos, porque moriremos sin duda antes de nuestra hora. Y no hablo de algo que vaya a suceder en diez generaciones, ni tampoco en dos, sino dentro del año que está por venir, si es que esperan tanto. Carlisle ya

ha caído. ¿Será Dumbarton la siguiente? Atacad pues, no al enemigo más cercano, sino al más peligroso. Mynydog combatirá contra ellos, sea cual sea vuestra decisión. Si hay aquí presente algún hombre que se vea con la pericia y fortaleza suficientes para combatir a los salvajes con nosotros, póngase entonces en pie y cabalgue conmigo, para así compartir la gloria, el honor y el botín de esta guerra. Mas si alberga algún pensamiento en su mente que le haga opinar que esta será una contienda sencilla contra un débil enemigo, que se quede sentado, pues astutos son ellos en el campo de batalla y despiadados en la guerra. ¿Cuánto? Que sea Aneirin quien os lo diga. ¡Callemos pues, y escuchemos al maestro bardo de la isla de Britania!

Al oír aquello no me puse en pie. Me quedé mirando con tristeza la mesa que tenía ante mí, con los ojos fijos en los poros de la lustrosa madera de pino. Debería haberlo imaginado. No debería haber ido al salón del rey ni estar en compañía de nadie que supiera quién era yo, hasta que no hubiera vuelto con Bradwen. Me quedé sentado, mirándome el dorso de las manos, que reposaban sobre la mesa. Finalmente hablé, y todos callaron para oírme, como si hubiera estado recitando un *englyn*<sup>2</sup>, o entonando una triada.

—Ya no soy bardo, ni por más tiempo seré poeta. Ya no compondré más canciones, ya he cantado por última vez.

El silencio continuó, sólo roto por el sonido de la respiración de los presentes. Entonces, Evrog lanzó una pregunta.

—¿Qué queréis decir?

—Lo que he dicho —le contesté.

Era la primera vez que contaba la verdad de aquello en público. Era la primera vez que le había dicho a un rey que nunca más compondría poemas, ni música para gloria de su reino, ni sátiras contra sus enemigos. Todavía estaba mirando mis

<sup>2</sup>Un *englyn* es un poema corto tradicional de Gales.

manos sobre la mesa, ya que no podía mirar a los rostros que tenía frente a mí. Y pensar que yo, Aneirin, quien había cantado para todos y cada uno de los reyes del norte, ahora estaba abatido frente a toda esta audiencia.

—Todos conocéis la ley tan bien como yo. No deben desenvainarse armas en presencia de un bardo. Más aún: si una espada se desenvainara frente a uno, y la sangre fuera derramada ante sus ojos, quedaría entonces impío, no pudiendo volver a cantar durante toda esa noche. Pensad entonces qué es lo que habré vivido. No sólo han esgrimido espadas ante mí, también las lanzas y hachas han volado por encima de mi cabeza. Han derramado la sangre de mis amigos y compañeros ante mí. La sangre de los salvajes me ha empapado, y no una vez, sino dos. ¿Cómo ser entonces poeta de nuevo? ¿Cómo entonces cantar de nuevo en todo lo que me queda de vida?

—Tonterías —contestó Evrog.

Tomó el tema con ligereza. Aquel generoso rey nunca había sentido terror, vergüenza o dolor como aquel que sentía yo.

—Tonterías —repitió—. Pongo a vuestra disposición a mi clérigo para que os purifique al alba. Y si él no puede hacerlo, os llevaremos al monasterio, donde se encuentra el obispo, y de seguro que él sí será capaz de hacer algo por vos. Habéis sido bautizado, ¿no es así? Si debe hacerse, volveremos a hacerlo de nuevo; yo seré vuestro padrino y la reina vuestra madrina. Luego, vendréis aquí, a mi corte, y seréis mi bardo, ya que no puedo acostumbrarme a estar sin uno.

Yo negué con la cabeza. Incluso de ser posible, ¿acaso creía Evrog que podría tener al más grande poeta del imperio romano como bardo de su corte? ¿Para qué, para escribir sátiras sobre sus enemigos y nanas para sus nietos a cambio de cama y comida? No, aquello no podía ser.

—Los sacerdotes y los poetas poco tienen en común. La

Iglesia odia la poesía. Los sacerdotes son hombres de letras. Los bardos, lo son del canto, y no de la escritura. Lo único que haría por mí un sacerdote sería leerme unas palabras de un libro. ¿Qué bien podía hacerme eso?

Precent intercedió rápidamente, intentando encubrir mi vergüenza, pero, de manera infalible, eligió las palabras incorrectas.

—¡Atended todos! Si no hay nada que pueda convencerlos, entonces mirad lo que los salvajes han hecho con el poeta más grande de nuestra época. Un poeta es el bien más preciado que un reino pueda tener, y Aneirin lo es tanto que no sólo pertenece a un rey, sino a todos los romanos de la isla. Pensad en todo lo que ha hecho en éstos, sus primeros años florecientes, mientras seguía siendo aún un muchacho. ¿Quién de vosotros no ha cantado alguna de sus canciones durante la siega, o quién no ha recitado sus versos al labrar? ¿Quién no ha caminado docenas de kilómetros para oírle cantar y tocar el arpa, o para desafiarle a componer una canción improvisada? Y ahora, miradlo: está aquí sentado, pues no volverá a cantar más. Mirad a Aneirin, hijo de Manaw Gododdin, nieto de Cunedda, sobrino del rey Mynyddog Gododdin de Eiddin. La sangre de las más grandes casas del norte de Britania, las del sur de Britania detrás de la muralla, y también las de Irlanda, fluye por sus venas. Enviado fue al sur para que se criara, tal como yo fui enviado de los pictos a la casa de Eudav el Alto, más allá de la muralla. Nuestros padres pensaron que estaríamos seguros allí de los irlandeses para poder aprender las artes de la gente civilizada, y así maduramos; él, yo, y Bradwen, la hija de Eudav. ¡Ah! ¡Cuán joven era Aneirin! ¿Sabíais que en su tiempo hubo uno que bien podía ganar una carrera a Precent? Es el mismo que ahora está aquí sentado, al igual que se sentaba al final del prado, esperando a que yo consiguiera llegar a su lado. ¿Sabíais que en su tiempo hubo uno que podía incluso vencer en combate a Precent? Es el

mismo que está aquí presente, y el mismo que en su día siempre terminaba sujetando mis hombros contra la hierba.

Precent estaba lanzado.

Tal y como solíamos decir: tres jarras de hidromiel, y Precent cautivaré a todos, por muchos que sean. Seis jarras de hidromiel y Precent cautivaré a la misma luna en el cielo. Y no será por aburrimiento, aunque puede que en parte, ya que no es lo que llamarías un orador excepcional.

—Desechó todo eso para convertirse en bardo. Esas manos que habéis visto en las cuerdas del arpa han guiado a los trabajadores en promontorios y cabos. Esa voz que habéis oído cantar, ha llamado al rebaño de vuelta a casa en multitud de ocasiones, o también ha hecho saber las nuevas sobre los ladrones de ganado por entre los páramos; sí, solían ser los jinetes de Strathclyde. Sus primeras canciones oí cuando aún éramos niños, en aquellos felices veranos que pasábamos en las cabañas cubiertas de hojas, viendo a las ovejas en los verdes pastos. Es a la casa de Eudav donde Aneirin volvería, mucho después de convertirse en hombre, mucho después de que fuera bienvenido en todos los salones y en todos las cortes al norte de la muralla, mucho después de que los reyes del sur lo hubieran dado todo por hacer que se quedara a vivir allí, tanto en Cardigan como en Camelot. Mucho después de que yo hubiese vuelto al trono de mi padre entre los pictos, mucho después de que la misma Bradwen se hubiera ido a la corte de Mynydog; sólo entonces fue cuando los salvajes vinieron por primera vez del lejano norte, atravesando la muralla. Quemaron la casa de Eudav, dejaron su cadáver ensangrentado, llevándose su cabeza junto a su ganado y, con éste, lleváronse también a Aneirin para convertirlo en su esclavo. Eso fue hace un año. Oímos de estos sucesos, todos nosotros, a lo largo del todo el reino de Eiddin y de las tierras de Gododdin, hasta llegar a los reinos pictos. Antes de empezar la cosecha, yo, Precent, les declaré la guerra. Me llevé a

mis propios hombres, romanos y pictos, juntos, y congregamos aún más en Eiddin. Dirigí a la mismísima Casa de Mynydog, los imbatibles, siempre destacados en las artes de la guerra. Un centenar de hombres conmigo a la cabeza, una hueste invencible. ¿Quién se podría oponer a nosotros? ¿Quién ofrecería resistencia? Los salvajes no nos esperaron. Huyeron como paganos que son. Avanzamos a través de todo el territorio de Mordei, transportando los huesos de Eudav para dárselos a Bradwen y que fuera enterrado en Eiddin. Y al sur del salón de Eudav, allí donde se creían más seguros, los salvajes estaban talando los sagrados bosques para plantar su vil trigo. Allí encontramos a Aneirin, el poeta más grande del mundo. Encadenado y mísero, cautivo en un agujero en el suelo. Cuidando de él, lo trajimos de vuelta con la intención de sanarlo y que se quedara con nosotros, pero antes de que nos diéramos cuenta, marchó en silencio hacia el norte. Desde entonces hasta hoy no habíamos oído nuevas sobre él y, ahora, me lo encuentro en Strathclyde, diciéndome que no volverá a cantar por lo que los salvajes le hicieron. ¿Queréis oírlo cantar de nuevo? ¡Escuchadme bien, entonces! Mynydog ha decidido que, de una vez por todas, la amenaza de los salvajes debe ser barrida de las fronteras de Eiddin y Strathclyde. La Casa de los de Gododdin se encargará. El rey de Eiddin ha empezado a reunir una nueva Casa con todos los jóvenes caballeros de su reino, y no sólo de allí. Una casa como nunca ha visto el mundo antes. Cualquier joven, de cualquier lugar, puede acudir a unirse, sólo con que sea romano y adore a la Virgen. Si un hombre se ve lo suficientemente capaz como para unírseos, Mynydog le dará una espada y un mayal, un casco, dos camisas y una capa, y será Mynydog quien también entretendrá y mantendrá a esta hueste en su corte por un año y un día desde el momento en el que empiece a reunirlos. Y cuando este tiempo acabe, no quedando ahora ya mucho, al igual que tampoco son muchos

los festines que quedan y en los que podréis tomar parte, cada uno jurará sus votos a Mynydog y marchará para limpiar las tierras de Mordei de la presencia de los salvajes para siempre, y más allá de Bernicia hasta encontrarse con el ejército de Elmet. Todavía hay sitio para todos los que quieran venir a unirse a nosotros y a nuestros festines. ¿Quién me acompañará, entonces?

Se hizo el silencio. Un largo silencio. Precent no hubiera dado ese discurso en aquel salón sin haberlo acordado antes con el rey. Sin embargo, el silencio perduró. Incluso cuando Evrog dijo:

—Si yo fuera aún joven, os acompañaría, pero ahora soy demasiado viejo, y si debo morir, será en los escalones de mi propia casa.

Aun así, el silencio se mantuvo. Precent me miró, pidiéndome que hablara sin pronunciar palabra. Contemplé de nuevo mis manos. Las guerras nada tenían que ver conmigo. Iba al encuentro de Bradwen, en Eiddin, no hacía una guerra. Alguien dijo algo desde el fondo del salón:

—¿Y de verdad han acudido de otros reinos para unírsete?

—Venid y comprobadlo —dijo Precent—. Hay hombres de Mona, que hablan de manera extraña y sibilante, como si tuvieran la nariz taponada. Syvno es quien los ha traído, y todos lo conocéis: su padre fue el astrólogo de Vortigern el Bondadoso. También ha traído a hombres de las montañas que dan a Mona, que no pueden entender por qué llueve tan poco en Eiddin.

Oír eso me sobrecogió, aquella bien podría ser mi gente.

—También han venido de Fyfed y Gwent, habitantes de los bosques que odian el viento, y que han podado todas las ramas de Eiddin para hacer sus arcos, y también hombres de las Tierras del Verano, allá donde gobierna Uther Pendragón.

Esa última frase atrajo la atención de todos, haciendo que las cabezas se girasen y las voces susurraran.